

que la pareció un gefe distinguido el vil artesano Pedro Reseliski. Este fue el origen de los hermanos de Bohemia, á quienes atrajo despues Lutero á su partido como un refuerzo precioso. ¿Pero qué cosa, por estraña que fuese, deberá admirarnos tratándose de Lutero y de su reforma?

Para proceder con órden en la idea que debemos formar de ella, observemos un momento sus autores, su objeto y sus medios. Los autores de la reforma que envolvió en la apostasía á una tercera parte de Europa, fueron Lutero y Calvino por excelencia: Lutero favorecido por Melanchton; y Calvino por Teodoro Beza: Zuinglio sostenido por Ocolampadio; y luego el tropel de seductores subalternos, Carlostadio, Bucero, el impío Osiandro, el atróz Juan de Leiden, los dos Socinos, y otros muchos blasfemos, ya de la divinidad de Jesucristo, y ya de los demás puntos de la fe cristiana.

¿Y cuáles eran las virtudes ó el carácter de autoridad de estos hombres que se suponian suscitados por el mismo Dios, de estos restauradores de la Iglesia, de estos nuevos profetas? Lutero, fraile apóstata y corruptor de una monja apóstata; gran comedor y bebedor; bufon insípido y grosero, ó por mejor decir, impío, que no perdonó á Papa ni á Monarca; furioso como un energúmeno contra todos los que se atrevian á contradecirle; adornado á lo sumo con una erudicion y literatura que podia parecer algo en su siglo, ó en su nacion; hombre decisivo y altanero, dotado de robustos pulmones: tal fue el nuevo evangelista, ó como él se llamaba, el nuevo eclesiastés, que puso en conmocion á toda la Iglesia con pretesto de reformarla. Para prueba de su estraña mision, que pedia ciertamente milagros de primer orden, alegó los milagros de que se vale el alcoran, esto es, los

triumfos del alfange y el progreso de las armas; los excesos de la discordia, de la rebelion, de la crueldad, del sacrilegio y del latrocinio.

Calvino, menos voluptuoso, como hemos dicho, ó mas contenido á causa de su miserable temperamento, menos arrebatado, menos arrogante, menos jactancioso que Lutero, tenia tanto mas orgullo cuanto mas se preciaba de modesto, y era infinitamente mas artificioso, mas rencoroso y maligno que su precursor. Trataba á sus cólegas los ministros con toda la dureza de un déspota rodeado de esclavos. ¿Pero con qué fundamento se atribuyó este hombre el carácter de reformador? Despechado porque se habia conferido al sobrino de los condestables de Francia el beneficio que solicitaba para sí mismo el orgullo estravagante del nieto de un barquero. Bien notorio es que antes de este desaire declaró, que si se le hacian, tomaria una venganza de que se hablaria en la Iglesia por mas de quinientos años. Inmediatamente que le dieron la repulsa, empezó á trabajar en el establecimiento de su reforma.

El mas recomendable, y al mismo tiempo el mas ciego partidario de Lutero, esto es, Melanchton, hombre ingenioso, literato elegante y cultivador laborioso de las lenguas sábias, no tuvo mas título que su talento para mezclarse en el régimen de la Iglesia, y escudriñar las terribles profundidades de la Religion. Pero su conciencia no cesó de darle gritos contra su temeridad y contra los espantosos derrumbaderos en que le precipitaba su conductor. En una palabra, en Melanchton vemos un hombre débil arrastrado por un furioso, de quien no puede separarse aunque le causa horror. Beza, cooperador agradable del adusto Calvino, mostró el título de su mision, escrito en los

ojos de la mozueta que le tuvo enredado en sus lazos hasta que llegó á estar decrepito.

¿Qué otras prendas evangélicas tuvieron Carlostadio el beodo, el fraudulento Bucero y el impudente Hosen ú Osiandro? Carlostadio solo servia para competir con Lutero en un figon, bebiendo á porfia, y diciéndose uno á otro en tono de chanza las mas atroces injurias: Bucero era un apóstata del orden de Santo Domingo y de la reforma de Lutero, hoy luterano, mañana sacramentario, unas veces luterano y zuingliano á un mismo tiempo, otras tan crédulo que su fe era un problema en todos los partidos, y siempre adulador servil, con tal que el amor infame que tenia á una vírgen consagrada á Dios, fuese trasformado en amor conyugal, y se colocasen en el número de los abusos los santos votos, cuya observancia le era tan penosa; y Osiandro, libertino desenfrenado, blasfemador insensato, tenia tan poco derecho al apostolado, que el mismo Calvino le declaró comprendido en la clase de los ateistas.

Zuinglio, mozo atolondrado, que pasó de repente de la profesión de las armas al estado eclesiástico, en el que no tardó en fastidiarse del celibato, no tuvo otro motivo que aquella inestabilidad libertina para tremolar la bandera de la impiedad sacramentaria, ni otro derecho á la enseñanza que una presuncion fundada en el don de elocuencia ó de verbosidad con que le habia dotado abundantemente la naturaleza: ignorante tan absurdo, que unia el luteranismo con el pelagianismo: restaurador tan extravagante de la pureza del Evangelio, que colocaba en el cielo al lado de Jesucristo y de la Reina de las vírgenes, á Hércules, hijo de la adúltera Alcmena, á Numa, padre de la idolatría romana, á Escipion, discípulo de Epicuro, al suicida Caton y á

otros muchos semejantes adoradores é imitadores de sus viciosas divinidades. Tuvo otro cooperador de muy distinto carácter, y de un talento muy á propósito para recomendar una secta. Estaba dotado Ecolampadio de tan especioso modo de discurrir y de insinuarse, de una elocuencia tan agradable y de una diction tan pura y amena, que segun dice Erasmo, podia seducir á los mismos escogidos, si hubiera sido posible. Pero Ecolampadio, religioso de insigne piedad antes de su apostasia: Ecolampadio, que sentia en extremo interrumpir sus dulces comunicaciones con Dios, y hablaba despues con tanta uncion que era imposible oírle sin quedar penetrado de sus mismos sentimientos, no fue ya mas que un fraile libertino, luego que llevado de su imprudente y presuntuosa curiosidad dió oídos á las novedades de la reforma, salió del claustro, se rindió á los albagos de una muchacha perdida, y fue el primer reformador apóstata que revistió su sacrilegio con las solemnidades del matrimonio.

Todos los anabaptistas en general, como tambien sus gefes, Storek, Muncero, Juan de Leiden y todos los impíos á quienes se dan los nombres de socinianos, unitarios y anti-trinitarios, se pintaron á sí mismos con los mas vivos colores, en la horrible doctrina que destruye todos los principios de las buenas costumbres y los dogmas fundamentales del cristianismo. Sus obras sirvieron mejor que su doctrina para juzgar de su mision. Basta lo que hemos dicho acerca de los autores de la reforma. Trátemos ya del objeto que se propusieron.

¿Qué es lo que intentó Lutero reformar, suprimir y destruir? O para hablar con mas exactitud, ¿qué es lo que no intentó destruir con pretesto de reforma? ¿Lo creeríamos si no lo hubiésemos visto en sus escritos, en su conducta, en las

revoluciones tan desgraciadas como famosas que constan por los monumentos mas fidedignos? ¿Podríamos dar crédito á tantos testimonios irrefragables, si cuatro reinos y veinte repúblicas ó confederaciones no nos presentasen continuamente este trastorno? ¿Quién creeria (¡justo cielo!) que se diese y se recibiese por reforma, por restablecimiento y perfeccion del verdadero cristianismo, y por el mas puro Evangelio, la prostitucion de aquella Iglesia vírgen, cuya vida angelical la habia hecho dueña por espacio de mil quinientos años del corazon del divino Esposo? ¿la profanacion del celibato eclesiástico y de los votos sagrados de religion? ¿el desprecio de los santos padres y doctores, de los mas célebres concilios, de toda tradicion y de toda enseñanza pública? ¿la abolicion de casi todos los sacramentos, esto es, de los conductos saludables por donde se nos derivan las gracias del cielo? ¿el desprecio de las imágenes y de las reliquias de los Santos, del sacrificio adorable de nuestros altares, del orden sagrado del sacerdocio y de todo orden eclesiástico? ¿la degradacion del matrimonio cristiano, abatido á aquella bajeza carnal de que le habia sacado el Dios que solo habita en el hombre que se hace superior á los estímulos de la carne? ¿la supresion de la penitencia sacramental, de todas las obras satisfactorias, y generalmente de toda buena obra de precepto, á lo cual no se substituía mas que una fe muerta y estéril, ó por mejor decir, quimérica; una fe que por medio de la extravagante é imaginaria seguridad que inspiraba, comunicaba una justicia tan inamisible que podia subsistir con todos los delitos? En una palabra, destruir de un golpe la fe y las buenas costumbres, era lo que se llamaba reforma.

No contentos Zuinglio y Calvino con lo que habia hecho

Lutero, destruyeron todos los sacramentos sin ninguna excepcion: Zuinglio por sí solo, inutilizando el bautismo con sus dogmas pelagianos acerca del pecado original; y Zuinglio y Calvino juntos, reduciendo la presencia corporal del Salvador en la Eucaristía á la simple figura, ó á una simple percepcion de la fe. ¿Qué idea de sacramento podia conservar Calvino ni los bandidos sacrílegos formados en su escuela, cuando abrasaban nuestros templos, destrozaban nuestros tabernáculos, hollaban nuestros formidables misterios y destinaban nuestros vasos sagrados á los usos mas viles é indecentes? ¿Habrian cometido semejantes horrores, ni merecido por ello los aplausos de sus ministros, si la secta hubiese mirado verdaderamente á la Eucaristía como un sacramento, como una señal instituida por Jesucristo para la santificacion de nuestras almas, ó aunque no fuese mas que como una figura, siempre respetable, de su cuerpo y sangre? No hablaremos de otras impiedades aun mas enormes de los anabaptistas y socinianos, profanadores nacidos de un mismo tronco, pues no hay duda en que la reforma de Lutero produjo todos estos mónstruos de reforma.

Ciertamente que para establecer semejante religion se necesitaban unos medios muy extraordinarios; y los halló el infierno proporcionados al gusto depravado y á la situacion crítica de cada nacion, como se vió con toda claridad en Alemania, Inglaterra y Francia. El interés en Alemania, la corrupcion de costumbres en Inglaterra, y la ligereza ó el amor de la novedad en Francia, fueron las armas de que se valió la reforma herética. Se principió por abandonar á los Príncipes alemanes los bienes eclesiásticos, que eran muy considerables en sus estados, las hermosas posesiones, los castillos y las fortalezas, las ciudades

y soberanías que tenían en ellos los obispos y varios abades. Los prelados que adoptaban el nuevo evangelio, tomando muger, quedaban propietarios de sus beneficios, y trasmitían á su posteridad los títulos honoríficos y los territorios que disfrutaban. Además de los innumerables obispados que se convirtieron de este modo en herencias profanas, Alberto de Brandemburgo, gran maestro del orden teutónico, se apropió la Prusia que era de aquellos caballeros y allanó á los Príncipes de su casa el camino para ocupar el trono. Las ciudades imperiales quedaron esentas de la dependencia del gefe del imperio, y los vasallos ordinarios libres de la autoridad de sus señores. A los clérigos, á los frailes y á las monjas que se fastidiaban de la regla y del celibato, se les abrieron las puertas del claustro, se les ofrecieron mugeres y maridos: el concubinato sacrílego, el incesto y el adulterio espiritual fueron calificados de matrimonio, y al desenfreno se le dió el nombre de libertad evangélica. Al comun de los fieles se les libertaba de la parte mas penosa que tiene la penitencia, no obligándolos mas que á confesarse con solo Dios; de la observancia de las fiestas, de la cuaresma, de todos los ayunos y abstinencias de precepto, en una palabra, de toda práctica onerosa.

Llegó la adulacion al extremo con los Príncipes que tenían las pasiones exaltadas, y á quienes deseaban atraer á su partido los sectarios. Dígalo aquella consulta eternamente famosa, eternamente infame, en que Lutero, Bucero, Melanchton y los demás corifeos de la reforma, permitieron la poligamia formal al landgrave de Hesse. ¿Y qué motivo se alegó para conceder esta monstruosa dispensa, que no tenía ni un solo egemplar entre los cristianos desde el origen del cristianismo? Nada mas que el

temperamento del Príncipe, irritado con el vino y con los opíparos banquetes germánicos, á donde no permitía la decencia que concurriese la Princesa su muger. ¿Pero qué podia exigir Lutero en materia de buenas costumbres y de pudor, cuando estableció generalmente estos cánones infames en su iglesia de Witemberg: »si la esposa es áspera é intratable, acérquese el marido á la criada: si se resiste Vasthi, sustítuyasela Ester?» A esto se reducía toda la delicadeza de este nuevo moralista en orden al matrimonio, como lo habia manifestado ya relativamente al Rey de Inglaterra. Bastará recordar la anécdota revelada por el mismo landgrave al solicitar su dispensa, á saber, que Lutero y Melanchton habian aconsejado al Rey Enrique VIII que no hiciese anular su matrimonio con la Reina su muger, sino que se casase con otra sin divorciarse de aquella.

Hubo sin duda Príncipes y grandes á quienes preservó el cielo de esta seducción grosera. Se emplearon contra ellos las maquinaciones y la violencia, los disturbios, las facciones, las sediciones, la rebelion á cara descubierta, todas las calamidades de la guerra civil prolongada por espacio de dos siglos, y revestida de un carácter de atrocidad desconocido hasta entonces. Por principio de religion se perseguia al Soberano legítimo y se despedazaba á la pátria. Contra la doctrina y la práctica de los primeros fieles, los cuales solo sabian padecer y morir aun en tiempo de los Nerones y Domicianos, era una máxima de la reforma que los vasallos podian y debian rebelarse luego que el Príncipe intentase ó se sospechase que intentaba mezclarse en las cosas que son privativas de la conciencia. ¿Y cuáles fueron los frutos de esta fatal doctrina en Francia, Alemania, Inglaterra, Holanda, Suiza, Polonia, Hungría y Transilvania? No

hay más que renovar la memoria de los reinados deplorables de los tres hijos de Catalina de Médicis, de la insolencia desenfrenada de Montbrun, de las enormes crueldades del baron de Adrest, de la barbarie de Acier-Crussol, de los furiosos de Knox, en Escocia, y del monstruo á que se dió el nombre de conde de Murrat; de la guerra inhumana de los rústicos de Alemania, del reino infernal de Munster, de la mitad de los belgas y suizos degollados por la otra mitad, y de los crímenes á que se abandonaron con tal exceso los sectarios inmediatos á los turcos, que el sultan Soliman II escribió indignado á la Reina de Hungría Isabel, que si continuaba sufriendo aquella secta abominable, y no restituía todos sus derechos á la religion de sus padres, viese persuadida de que tendria en él un enemigo declarado, en vez de un protector constante.

No se vió libre de sus atentados el Papa, en el centro del catolicismo, en el seno de Roma. Bien notorio es lo que padeció Clemente VII en el saqueo de aquella capital, tomada por un ejército en que habia de quince á diez y ocho mil sacrilegos, animados por el conde luterano de Fronsberg: nombre insigne aun en el catálogo de aquellas personas funestas, á quienes elige Dios por instrumentos de su ira. Murió Fronsberg antes de haber podido descargar su rabia en el Pontífice; pero por lo mismo sus muchos y furiosos ministros afligieron á la desgraciada Roma con saqueo, con muertes, con inauditas crueldades, con incendios, con violaciones y profanaciones tan enormes que apenas pueden creerse, siendo más inhumanos que los godos, vándalos y todos los bárbaros juntos.

Lutero, no menos atrevido que los sectarios armados, hizo la guerra á su modo contra la Cabeza de la Iglesia y contra toda

la gerarquía. El libelo que escribió contra el estado eclesiástico, fue como una asonada dirigida á esterminar sin remision á todos los obispos. En él decide doctoralmente, que los fieles que se valen de sus fuerzas y de sus bienes de fortuna para asolar los obispados, las abadías, los monasterios y acabar con la dignidad episcopal, son los verdaderos hijos de Dios; y que al contrario, los que los defienden son ministros de Satanás. Todavía se ultrajaba más á la Cabeza del episcopado y de toda la Iglesia. Como el nombre de Anticristo, que desde la boca del heresiarca habia pasado á la de todos los hereges, no era ya bastante para exhalar su ódio contra el romano Pontífice, substituyó á los términos *caelestissimus* y *sanctissimus* (que son de estilo para significar la elevacion de la dignidad pontificia) los de *scelestissimus* y *satanissimus*, esto es, perversísimo y muy diabólico. Los nombres de diablo, asno, puerco, repetidos á cada paso, eran las figuras que brillaban en las filípicas de aquel nuevo Demóstenes, ó por mejor decir, en los juegos cínicos de aquel titiritero que tanto se complacia con la aprobacion y con la risa desordenada del populacho.

Al contrario, ¿cuál fue la conducta de la Iglesia tan cruelmente ultrajada? No hay cosa más á propósito para darnos á conocer la mano que la sostiene y gobierna, que su modo de proceder igual, siempre noble y magestuoso, en medio de tantas injurias, capaces de hacer que se olvidase de su propia dignidad. Pero se contentó con citar tranquilamente al heresiarca ante su tribunal; y Lutero respondió que compareceria en él con veinticinco mil hombres armados en defensa suya. La Iglesia hizo con gran serenidad las moniciones canónicas, las multiplicó, prorogó su término, usó de dulzura y longanimidad en cuanto podia

permitirlo la prudencia: decidió por último, y limitó su rigor á cortar aquel miembro gangrenado del cuerpo místico de Jesucristo. Únicamente opone la espada de la palabra al furor sedicioso, al frenesí, á la rabia del seductor anatematizado, y á los progresos y triunfos de la seducción. El sucesor de Pedro atiende con particular esmero á confirmar en la fe á sus hermanos y á todos sus cooperadores: redobla su vigilancia y solicitud en toda la estension de la casa de Dios, y reanima el espíritu de fe y de celo en el santuario, en los conventos y en todas las escuelas cristianas. Las universidades, á egemplo de los obispos, suscriben á la decision apostólica, y declaran, que cualquiera que contravenga á ella será desterrado de su seno. Doctores celosos, sábios misioneros se esparcen por todos los paises, y aun por los dominios en que está entronizado el error: confunden á los predicantes, convierten á algunos de ellos, y conservan ó reducen al centro de la unidad á los pueblos vacilantes. Hecha la separacion se cortó irremisiblemente de la sociedad de los fieles á todos los obstinados é incorregibles.

Algunos prelados de los mas distinguidos, como los condes de Weiden y Truchses, arzobispos electores de Colonia, las iglesias de la mayor parte de las ciudades imperiales, los electorados de Sajonia, de Brandemburgo, del Palatinado y otras muchas soberanías de Alemania, la mitad de la Suiza y los estados generales de Holanda, los reinos de Inglaterra, Suecia y Dinamarca, todo esto quedó suprimido de la Iglesia, sin ningun respeto al daño que causaba esta inmensa supresion. Corresponde al Pastor eterno señalar las ovejas que ha recogido, y á su Vicario apacentarlas y dirigir las despues de haber sido incorporadas al rebaño. La Iglesia, conservadora y no árbitra del sagrado

depósito, se desentendió de toda alteracion, modificacion y composicion. Fue necesario recibirle todo entero ó quedar absolutamente excluido del redil; y aun en los puntos que no son mas que de derecho eclesiástico, se mostró la Iglesia inflexible, cuando creyó que la condescendencia podia ser favorable al desarreglo en las costumbres. Así hemos visto que se negó constantemente á conceder el matrimonio de los eclesiásticos, á pesar de las continuas é importunas súplicas de Príncipes y Emperadores; y despues de todos los atentados del luteranismo y de cuantas heregías salieron de este tronco, hemos hallado y hallamos todavía en la comunión católica, no solo la fe, que jamás ha padecido variacion alguna, sino tambien todas las prácticas antiguas y universales. Tales son antes y despues de Lutero el agua bendita y todas nuestras bendiciones acostumbradas, la señal de la cruz, el uso de las velas encendidas y del incienso, los vasos y ornamentos sagrados, el orden de los divinos oficios, la magestad de nuestras ceremonias, y principalmente todos los ritos esenciales de nuestras liturgias antiguas. Por consecuencia, encontró la Iglesia en sí misma ó en la proteccion de Dios los poderosos recursos que la han sostenido contra los ataques de tantos ministros del infierno, desencadenados á un mismo tiempo contra ella en los últimos siglos.

Sin embargo, alargaron los Príncipes la mano para que no cayese el arca vacilante, y parecia que iban á sostenerla; pero como traspasaban los límites en que deben contenerse las potestades terrenas, no podian menos de precipitarla. Acordémonos de lo que sucedió en Francia, durante el deplorable gobierno de la madre de los tres Valois, la cual, despues de una indecision é inconstancia increíble entre católicos y calvinistas, resolvió por

último aquella matanza eternamente execrable, que al mismo tiempo que escitó un odio general contra los franceses, fue no menos perjudicial á la religion que al estado, como lo acreditaron sus resultas. ¿Renovaremos la memoria de la carta verdaderamente impía, que por consejo de Montluc, obispo calvinista de Valencia del Delfinado, escribió Catalina de Médicis al Papa, para que mandase quitar de las iglesias las santas imágenes, para que aboliese la fiesta del Santísimo Sacramento, y para que dispusiese que la Eucaristía se administrase, como en Ginebra, despues de la confesion de los pecados en general.

El Señor supremo, celoso del tributo de gloria que quiere para sí solo, era el que debia hacer de un modo no esperado la grande y gloriosa obra del restablecimiento de la Iglesia. En el momento decretado en sus consejos eternos, derramó su espíritu sobre toda carne, hizo que profetizasen los hijos y las hijas de Israel, suscitó un gran número de pastores, como los da á su pueblo cuando quiere colmarle con la plenitud de sus misericordias, esto es, un Santo Tomás de Villanueva, un Bartolomé de los Mártires, un San Carlos Borromeo, un San Francisco de Sales: colocó en el trono apostólico á San Pio V: suscitó patriarcas y apóstoles en ámbos sexos, de lo que son buena prueba San Ignacio de Loyola, San Cayetano de Tiene, San Felipe Neri, San Vicente de Paul, San Pedro de Alcántara, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, Ángela de Brescia, Francisca de Chantal, y otros muchos hombres y mugeres de ánimo esforzado, cuyos trabajos, egemplos y discípulos hicieron que en pocos años refloriesen las buenas costumbres y el fervor en las personas de todas clases y condiciones.

Pero aun despues de haber reparado las brechas de la Iglesia

ó de su disciplina, las deserciones ó pérdidas locales que habia padecido, dejaban todavía en su seno ó en sus antiguas posesiones un vacío inmenso. Desde su origen no hubo jamás heregía alguna, sin exceptuar el enorme arrianismo, que la privase de tantos fieles y de tantas provincias; pero tampoco la habia abierto jamás el cielo un campo tan dilatado para sus conquistas y triunfos. Llegaron los tiempos señalados en las profecías, tiempos en que unos hombres que no tenían mas que la figura de tales, y á quienes confundian los profetas con los osos y los leopardos, habian de obedecer al cayado con la docilidad de los corderos. Conmóvió Dios el cielo y la tierra para que los países mas remotos y desconocidos se acercasen unos á otros, é inspiró nueva actividad al espíritu del hombre, y nueva energía á su valor. Entonces puntualmente, como lo hemos observado, el profundo pensador de Liguria, el inmortal Colon, comprendió que el sol debia alumbrar en la mitad de su carrera á unos seres mas dignos que los mónstruos del Océano, y se arrojó intrépido á surcar mares sin término y sin nombre. Aclárase segunda vez el caos, y se presenta en la escena del mundo como un nuevo órden de criaturas. Reina una emulacion general que obliga á arrostrar las tempestades y los escollos: felizmente doblado el cabo formidable de las tormentas, toma el dulce nombre de Esperanza, y las dos Indias se hacen tan familiares á los europeos como su propio país. Llevados algunos del espíritu de conquista y de codicia, no hay duda en que cometieron muchos excesos y maldades, y que por cierto tiempo debió llamarse la tierra del oro, tierra de sangre y de lágrimas.

No llevó el cielo á aquellos países unos hombres mas viciosos ó á lo menos mas culpables que los que no conocian el

enteramente corrompida en la Cabeza y los miembros, este enorme escándalo reanimó el celo en el corazón de los obispos y de los Sumos Pontífices, quienes se dedicaron seriamente á ejecutar, ó á lo menos á disponer la grande obra de la reforma. Se convocaron desde luego concilios provinciales: se examinaron los abusos locales: se buscaron los medios á propósito para corregirlos: se pusieron en práctica; y mediante unas disposiciones mas acertadas se abrió el camino para la restauracion de la regla perfecta. Desde entonces se pudo descubrir por mil indicios toda la estension de los designios misericordiosos del Señor con respecto á su Iglesia.

¿Quién pudo dejar de advertirlos en Alemania, donde habia eundido el mal mas que en ninguna otra parte, al considerar la conducta del concilio celebrado en Colonia por el arzobispo Herman de Weiden, órgano tanto mas visible del Espíritu Santo, cuanto mayor fue el escándalo con que se desmintió despues este nuevo Balaam? En sus muchos y acertados decretos se vé, por decirlo así, todo el bosquejo de la divina reforma de Trento, no habiendo omitido en ellos ninguna cosa de cuantas podian contribuir á una renovacion perfecta. No solo se proscribió la incontinencia de los clérigos, sino que se les prohibió todo lo que podia empañar la pureza mas delicada, ó aquella integridad de reputacion que es tan propia de un ministerio angelical. Se manda que no tengan en su compañía mas mugeres que á su madre, abuela, hermanas y tias. Deben abstenerse de todo exceso en comer y beber, de todo banquete y de asistir á bodas. No deben mezclarse en ningun tráfico, ni en ningun negocio secular. Se prohibe á los prelados, del mismo modo que á los simples sacerdotes, el fausto, el lujo y toda pompa mundana. Se les

prescriben reglas de modestia para el vestido, en el cual no debe entrar la seda. Se trata como una prevaricacion sacrílega la avaricia, abominable en un sacerdote, la simonía grosera ó paliada, toda especie de venalidad y toda mira de interés. Se estendió la vigilancia del concilio á las fundaciones interesadas de prácticas singulares de devocion, y de misas dispuestas segun el capricho de los que las pagaban. Anunciando tambien el restablecimiento de la sana crítica, prohibió que se insertase arbitrariamente cosa alguna en los breviarios y misales, y mandó que se hiciese de ellos una correccion canónica. En órden á los sermones, dispuso que no se mezclasen en ellos chocarrerías, relaciones apócrifas ni declamaciones vagas, ni se usase de aquella falsa elocuencia que solo consiste en el oropel de las palabras. Para que volviesen á florecer las ciencias eclesiásticas, se concede á los canónigos jóvenes que las estudien la renta de sus prebendas, sin embargo de que estén ausentes; pero á los demás que no asistan á la misa, desde el punto en que se haya acabado la epístola, y á cada hora canónica inmediatamente despues del primer salmo, se les priva de la retribucion que les corresponde. Se concedió tambien á algunos religiosos designados por sus superiores, la libertad de ir á estudiar teología á las universidades, pero con la condicion de que habian de vivir en conventos. Se mandó asimismo que se destinase una prebenda en cada catedral y colegial para un maestro hábil que enseñase á los eclesiásticos.

En las mismas circunstancias y con el mismo objeto se celebraron concilios en Augsburgo, Maguncia y Tréveris, aumentándose el vigor y la vigilancia de los prelados á proporcion que se multiplicaban los abusos. Deseaban aquellos la correccion

con tanta sinceridad, que constituían eclesiásticos, aunque fuesen de segundo orden, distinguidos por sus virtudes é instruccion, para que hiciesen una averiguacion exacta de todo lo que hubiese que corregir, aun en la persona de los obispos y en la conducta de sus dependientes. El sufragáneo del arzobispo de Tréveris, que ocupaba el lugar de este prelado ausente, suplicó á los padres en concilio pleno que le advirtiesen las faltas que pudiese haber cometido en el ejercicio de sus funciones: humildad sincera, pues habiéndole reprendido efectivamente algunos defectos, los corrigió sin la menor dilacion.

Animado el concilio de Soissons del mismo espíritu que los de Alemania, mandó que se observasen con todo rigor las penas decretadas por las leyes antiguas contra los clérigos incontinentes: que no se confriesen las órdenes sagradas sino despues de un maduro exámen de las costumbres y capacidad de los ordenandos: que para no esponerlos á vivir con indecencia, habian de tener ante todas cosas un patrimonio suficiente para mantenerse: que los diezmeros diesen á los párrocos lo necesario para sustentarse: que se administrase justicia á los que tuviesen alguna queja contra los obispos ó contra los visitadores enviados en su nombre: que de cada cabildo se enviasen algunas personas á estudiar en las universidades: que los clérigos llevasen corona abierta y hábitos clericales, evitando toda vanidad mundana, y que los obispos no usasen vestidos de seda, ni se presentasen en su iglesia sino con sotana y roquete. En tiempo del cisma de Basilea, los prelados franceses reunidos para tratar de su estincion, formaron varios decretos contra los abusos introducidos en la dispensacion de las indulgencias, contra las predicaciones y confesiones hechas sin la aprobacion de los ordinarios, contra la infraccion de la

clausura religiosa y contra los matrimonios clandestinos: artículos que fueron despues admitidos sin escepcion alguna en la disciplina de Trento.

En fin, á la iglesia de Inglaterra, que era la que estaba mas sumergida en las sombras de la muerte, distribuyó el cielo mayor abundancia de luces por medio del cardenal Polo, que parecia haber recibido el don particular de gobernar la casa de Dios en los tiempos calamitosos. Basta para convencerse de ello la sola inspeccion de los doce decretos, no menos sencillos que acertados, que formó en el concilio de Lambeth, reduciéndolos despues á un solo punto capital, esto es, á la vida egemplar del clero. ¿Quién podia oírle establecer por principio, sin quedar edificado en vista de su candor generoso, que con un pueblo arrastrado por el torrente de sus preocupaciones, solo servia la violencia para irritar el mal, y que los pastores debian tratar á sus ovejas como á sus hijos, sin arriesgarse á matarlas por curar sus llagas con demasiada aspereza? Añadiendo despues la instruccion á la suavidad: „el pueblo (continuaba) juzga casi siempre en materias de religion por el exterior; y como no hay cosa que mas impresion haga que las apariencias de la virtud, sucede que la vida escandalosa de los doctores ortodoxos, es causa de que suela preferirse á su doctrina la de los reformadores heréticos.”

Con arreglo á esta gran máxima, todo va dirigido á la reforma de los eclesiásticos en los decretos de Lambeth. La pluralidad de beneficios con cura de almas, fue reprobada de un modo tan eficaz, que los que poseian muchos beneficios se vieron precisados á reducirse á uno solo, en el espacio de dos meses, pena de perderlos todos. La residencia fue restablecida con la misma celeridad, y no una residencia ociosa, sino que fue necesario que

los obispos apacentasen en efecto sus rebaños con la palabra de Dios y con el buen ejemplo; pues se les mandó espresamente que predicasen por sí mismos todos los domingos y demás dias festivos, no pudiendo valerse de otros sino en caso de impedimento absoluto. Del mismo modo se exige de ellos que renuncien al fausto y al lujo del siglo, especificándose hasta la tela de que deben vestirse, y hasta el número y calidad de los platos que se han de servir en sus mesas. La visita episcopal debe hacerse de tres en tres años en todas las parroquias de la diócesi. En cuanto á la colacion de las órdenes, y en especial de los beneficios curados, debe el obispo examinar por sí mismo á cada sugeto con toda la atencion posible, contando tambien para esto con personas de conocido talento é instruccion, pero sin fiar jamás enteramente este cuidado ni aun á los cooperadores mas dignos de su confianza. Asimismo hemos admirado en el concilio de Lambeth un plan bien dispuesto de la obra maestra de Trento en materia de disciplina, esto es, de la institucion de los seminarios: lo que prueba que Polo habia sido verdaderamente elegido por Dios para contribuir de un modo eficaz al buen éxito de este divino concilio, donde en efecto desempeñó con tanta dignidad el carácter de legado. Así á proporcion del don que cada prelado habia recibido de lo alto, y de las funciones que habia de egercer en la gerarquía, contribuian las varias iglesias, si podemos esplicarnos en estos términos, á llenar el depósito comun, donde el cuerpo de la Iglesia habia de tomar las leyes dignas de ser sancionadas por el Espíritu Santo.

Quando los Papas convidaban á los obispos á que trabajasen en la reforma, ó que á lo menos la preparasen, trataban por sí mismos de este punto directamente y con mucha energía. En el

concilio de Letran habia dado Leon X un decreto que remediaba diferentes abusos relativos á las encomiendas, y establecia reglas para no conferir los obispados y abadías á sugetos incapaces, á lo menos por razon de los pocos años. Este concilio tomó tambien acertadas providencias sobre la deposicion de los prelados, la traslacion de los beneficiados y la union de beneficios. En cuanto á la pluralidad, solo se decretó que no se concediese en lo sucesivo dispensa alguna para poseer mas de dos beneficios incompatibles: disciplina que todavia estaba muy distante de la de Trento, pero que la iba preparando.

Hemos visto que Paulo III dió despues á cuatro cardenales y á otros cinco prelados de los mas virtuosos, el encargo de formar un escrito en que se esplicasen los principales artículos que les pareciesen dignos de reforma en su propia curia. Se dispuso el escrito, y se manifestaron los abusos sin ningun respeto humano en número de veintiocho; pero fueron tan terribles las quejas que escitó este proyecto, que fue preciso abandonarle, temiendo que todo el peso del poder pontificio fuese un dique muy débil contra el torrente de la costumbre, si no venia antes la decision del concilio ecuménico. Sin embargo, los conocimientos que por este medio adquirió Paulo III, le sirvieron para corregir insensiblemente una parte de los abusos, contra los cuales se declaraba en todas ocasiones. Cuando se interrumpió por segunda vez el santo concilio sin haber concluido todavia la reforma, se propuso Julio III egecutar, por medio de una congregacion creada á este efecto, lo que hasta entonces no se habia hecho en Trento. Pero á este lugar señalado por el cielo estaba reservada la plena efusion del Espíritu santificador. Aunque la congregacion del Papa Julio se componia de los prelados mas

recomendables por su virtud y doctrina, hubo en ella tanta variedad de dictámenes, que jamás se pudo llegar á una conclusion práctica.

En vista de esto ; cuán estraños eran los obstáculos que se oponian á la reforma! Vencerlos era ciertamente la cosa mas á propósito para manifestar el brazo del Señor que se habia reservado la gloria de este triunfo. Además de la heregía y de la falsa política, habia que superar las preocupaciones, los temores vagos, las repugnancias inconsideradas ó fundadas en una mera cobardía, los recelos que tal vez no dejaban de ser plausibles, las ideas y miras particulares, el interés privado de muchos eclesiásticos y de no pocos de los primeros prelados. No hemos disimulado que ciertos Papas con su lentitud, y por algun género de tergiversacion, dieron motivo para que se les acusase de que preferian al bien general de la Iglesia el acrescentamiento de su potestad particular; y al derecho y á las máximas de la santa antigüedad, la defensa de derechos arbitrarios y de máximas ó preocupaciones arbitrarias y terrenas. Pero de cualquier naturaleza que fuesen estos obstáculos, y de cualquier poder ó pasion que procediesen, adelantaban la obra de Dios, ó á lo menos la disponian para su madurez y perfeccion, en vez de frustrarla. Como esta reforma tan deseada de todos los fieles, esperada con tanta impaciencia en el concilio de Pisa, diferida hasta el de Constanza, y suspensa por el Papa que se habia elegido en él, parecia estar todavía espuesta al mismo riesgo en el concilio de Basilea, se acabó entonces la paciencia, se olvidaron todos los respetos y miramientos, y se llegó al escándalo de un cisma, que al parecer iba á consumir el trastorno.

Quando estaba ya casi perdida la esperanza, y no se veia mas

que confusion y desórden, se encaminaban todas las cosas al restablecimiento deseado. A no haber sido por el cisma de Basilea, quizá habrian pasado todavía algunos siglos sin que se hubiese tratado de una reforma seria. Pero á vista del precipicio en que se habia venido á parar despues de tantos rodeos, y al oir las quejas de los pueblos y aun de los Príncipes mas religiosos, los cuales al mismo tiempo que aborrecian el cisma, alababan el celo de sus autores por la disciplina, adoptaban los decretos de su concilio, y les imprimian el carácter de leyes nacionales, Roma y los prelados de todos los países conocieron el peligro que habia en la tardanza. Se convocó, pues, el santo concilio de Trento, así para la reforma de costumbres, como para la conservacion de la fe; y á la propuesta que desde las primeras sesiones hicieron los legados de que se comenzase, como en los concilios antiguos, por las materias dogmáticas, hallaron tan fuerte oposicion en el torrente de los padres, que abandonaron absolutamente la empresa, perdiendo toda esperanza de salir con ella. Notoria es la libertad con que de resultas escribieron al Papa, que todos los prelados acusaban á sus predecesores de que habian retardado tanto el concilio, porque temian la reforma; y que decian públicamente que Paulo III no se habia de burlar del concilio de Trento, como Alejandro V del de Pisa, y Martino V del de Constanza: con cuyo motivo consintió Paulo en que la reforma no se separase del dogma, y en efecto siempre se trató de estas dos cosas con perfecta igualdad en las sesiones de Trento.

Todo cedia al soplo que inclina el cedro del mismo modo que la caña, porque se acercaba el término en que estaba decretado que la Iglesia habia de adquirir tanta mayor solidéz y esplendor, cuanto mas próxima parecia que estaba su ruina.

Bajo este último aspecto, esto es, con relacion al restablecimiento de la disciplina eclesiástica y de las costumbres cristianas, tiene el concilio de Trento unos caracteres sobresalientes que le distinguen de la mayor parte de estas augustas asambleas. Sin duda que en otros muchos concilios se habian proscrito abusos, establecido buenas reglas y fijado leyes contra las transgresiones; pero ya porque no fuese tan grande el desenfreno, ya porque la depravacion estuviese menos inveterada, ó ya porque la relajacion procediese de los primeros ímpetus de las pasiones irritadas, y no de aquella corrupcion estremada que erige en máximas los vicios y en leyes los abusos, se contentaban las mas veces los padres con reprender y exhortar, con recordar las reglas antiguas, con reiterar las prohibiciones y los anatemas. Al contrario, en el concilio de Trento se conoció que los tiempos y las costumbres exigian remedios mas eficaces.

Se establecieron, pues, reglas sencillas, claras, exactas, libres de aplicaciones falsas y de toda ambigüedad: se decretaron penas fijas, pero muy variadas, segun la especie de los delitos y el mayor ó menor grado de su gravedad; y se determinaron para seguir las causas unas formalidades legales y estables, mucho menos complicadas y mas espeditas que antes. Así se decidió en Trento, por egemplo, que para la deposicion canónica, no seria ya necesario el gran número de testigos, ni los jueces de eminente carácter que en cierto modo imposibilitaban su efecto. Así se abolieron los tribunales y las apelaciones acumuladas unas sobre otras en tales términos, que muchas veces morian los acusados y los acusadores sin ver concluida la causa. No mostró este divino concilio menos sabiduría en la moderacion de su celo, y en su longanimidad y condescendencia. Depositario de todo el

poder de la Iglesia del mismo modo que los primeros concilios, no creyó que debia renovar todos sus cánones, ó á lo menos proponerlos como leyes rigurosas; y sin exigir un estado absolutamente perfecto, se contentó con que cada uno cumpliese sus obligaciones respectivas.

Pero donde se manifestó con mas particularidad su conducta prudente y magestuosa, fue en su adhesion á sola la verdad, en su aversion al error, en su perfecta imparcialidad, y en su indiferencia entre las diversas escuelas, proponiéndose por máxima constante no adoptar ni reprobar los sistemas ó las opiniones controvertidas entre los ortodoxos. La fe y la conservacion de las buenas costumbres fue siempre el único objeto á que atendieron aquellos dignos órganos del Espíritu Santo. En su decreto acerca de la atricion, hemos admirado la delicadeza, ó por mejor decir, la escrupulosidad con que procedieron en este punto; pues desecharon la primera fórmula que se habia dispuesto, porque decia, contra el dictámen de varios teólogos, que aquella contricion imperfecta bastaba para el sacramento de la penitencia; y decidieron sencillamente que era una disposicion para él, condenando el error de Lutero que la tenia por pecaminosa.

Libres de parcialidades y de preocupaciones, no se mostraron menos esentos de todo temor y todo respeto humano. Ya hemos hecho mencion de la libertad y noble franqueza con que dirigieron sus representaciones al Sumo Pontífice, por el simple recelo de que se intentase causarles alguna sujecion en los votos. Los Papas por su parte usaron de la mayor circunspeccion, aun cuando en calidad de Cabezas del concilio dirigian sus operaciones, y mantenian la buena armonía que debe reinar entre la Cabeza y los miembros. Acordémonos de la carta patética que

sobre este punto escribió á los padres el santo cardenal Borromeo en nombre de Pio IV. Les decia en ella que el Padre Santo queria que el concilio fuese perfectamente libre en todas las cosas: que jamás habia prohibido ni prohibia que se decidiese sin consultarle: que si en ciertas cuestiones dificeles se habia recurrido á la Cátedra de Pedro, segun la costumbre de todos los siglos y de todos los concilios, se habia limitado á aclarar las dudas, sin obligar á que se siguiese su dictámen; y que si volviese á repetirse igual caso, continuaria el Pontífice procediendo del mismo modo; pero que entretanto podrian los padres tratar, adelantar y decidir como si no esperasen respuesta, seguros de que aprobaria todas sus determinaciones: en una palabra, que solo deseaba el Papa que los decretos se diesen en buen orden á pluralidad de votos.

En efecto, se observó tan inviolablemente la libertad del concilio, que algunos prelados usaron de ella de un modo verdaderamente importuno. Los legados tenian la paciencia de oír á todos los obispos sobre la mayor parte de las cuestiones que se ventilaban, y algunas veces sobre menudencias: señalaban congregaciones particulares á la primera propuesta por poco plausible que fuese; y se daba audiencia á los embajadores de los Príncipes antes de proponer cosa alguna, y aun muchas veces para reformar ó disponer las definiciones. Si en algunas de ellas hubo cierta sujecion, fue por la inquietud de estos ministros, sin exceptuar la materia de la residencia, que fue la mas reñida de todas. Mientras que los obispos de España solicitaban, con el empeño que hemos visto, que la residencia episcopal se declarase de derecho divino, el embajador de aquella corte se oponia formalmente á que se hiciese esta declaracion. Tambien descaba

el Papa que no se decidiese este punto, ó que se suspendiese á lo menos, mientras se procedia con una altivez injuriosa á la Silla pontificia; y en esto no pasaba de los límites de sus derechos, porque como Cabeza y moderador del concilio queria reducirle al objeto para el cual habia sido convocado, esto es, á la condenacion de las heregias corrientes y á la reforma de las costumbres. Jamás habian tratado los protestantes del género de obligacion á que podia corresponder la residencia; y en cuanto á la reforma, si importaba mucho establecer bien este punto esencial de ella, era muy indiferente, con respecto á la práctica, especificar el género de derecho, ya fuese divino ó eclesiástico, en que se fundaba. En esto tenia el Papa por modelo á todos los concilios antiguos, cuyo único cuidado en orden á la residencia, fue representarla como una de las obligaciones mas importantes en general, y tomar las mas eficaces disposiciones para que se observase: lo que no impidió que por último dejase Pio IV esta cuestion á la prudencia del concilio. En fin, si no se decidió que la residencia es de derecho divino, fue porque los padres, como lo dice formalmente el embajador de Venecia, no pudieron convenirse jamás en este artículo.

Además de este violento debate, presentó el concilio de Trento en su larga duracion algunas otras escenas no menos á propósito para dar á entender que los órganos del Espíritu Santo no dejaban de ser hombres. Hubo un obispo que, acalorado en la disputa, llegó al extremo de poner las manos en otro obispo: triste cumplimiento del oráculo relativo á la necesidad ó á la fatalidad del escándalo! Pero como la infalibilidad de la Iglesia se funda en las promesas del Señor, y no en las virtudes del hombre, cuanto mas débiles ó viciosos son sus ministros, tanto

bastase uno solo para la manutencion modesta y severamente clerical de su poseedor.

La residencia, recomendada por espacio de tanto tiempo sin ningun efecto, se mandó entonces con vigor y bajo las penas mas graves: de manera que, excepto los casos que se especificaban con toda distincion de una dispensa legítima, era necesario fijarse en su Iglesia ó desterrarse de ella para siempre. Se señaló el método que debia seguirse en las causas contra los refractarios: método fácil y desembarazado de las innumerables formalidades y trabas de la práctica antigua. Bastaba fijar edictos á la puerta de la iglesia para llamar al titular errante, despues de lo cual, y pasado cierto término que se fijaba con exactitud, por mas que pretestase ignorancia, se daba en beneficio por vacante é impetrable. Ausiliándose mutuamente en este punto las dos potestades, no quedó por proveer ningun obispado ni curato, residiendo en ellos sus respectivos pastores. No solo no se vieron ya, como antes, las iglesias de primer orden abandonadas y arruinadas, durante unos episcopados enteros de ausencia y de latrocinios, sino que se tomó el método de proveer los obispados de nuevos pastores luego que vacaban.

Cesaron casi enteramente en todo el mundo cristiano los choques escandalosos que habian reinado tanto tiempo entre el sacerdocio y el imperio. Reduciendo los Papas casi todos los efectos de sus dos espadas á algunas fórmulas de antiguo estilo, no trataron ya de mezclarse en los derechos temporales de los Príncipes. Los Príncipes por su parte tributaron sinceros homenajes á la autoridad espiritual de los Papas, y mostraron el mayor interés en conservarles el patrimonio temporal de la Iglesia. Si lo consideramos bien, hallaremos que desde el concilio de

Trento se restableció sólidamente la buena armonía entre los Papas y los Reyes. Si en las convulsiones de la liga se vieron algunos restos desgraciados de las antiguas preocupaciones, ha debido advertirse tambien que no tanto eran obra de los Papas, y en especial del famoso Sisto V, como de algunos legados, esclavos de la costumbre y poco fieles á sus instrucciones.

Tambien se restableció en Trento la buena inteligencia y la confianza recíproca entre el sucesor de Pedro y los de los demás apóstoles. Fastidiados los obispos de la residencia y de las funciones episcopales, por la considerable disminucion de su autoridad, por el sinnumero de esenciones, por las expectativas que no les permitian disponer de ningun beneficio por poco pingüe que fuese, por el abuso de las apelaciones, alimento de los desórdenes, de la audacia y de la impunidad, y por la temeridad de los regulares que pretendian dirigir las ovejas sin el beneplácito del pastor, volvieron muchos de ellos á aficionarse á su ministerio, y los demás se avergonzaron de no imitarlos, cuando vieron que se reprimian eficazmente estos abusos; que el Papa Pio IV volvia á poner bajo la jurisdiccion y en plena dependencia del ordinario una porcion de establecimientos verdaderamente independientes á título de esencion, y que procedia á la reforma de la dataría, de la cancelaría, de la cámara apostólica, de la penitenciaría y de todos los tribunales de la curia pontificia. Gozosos y admirados los habitantes de las ciudades oyeron la voz del obispo. Por medio del egeplo y de la emulacion se esparció la palabra de Dios desde la iglesia matriz á todas las parroquias, sin esceptuar las mas remotas habitaciones campestres. Los sermones en las ciudades y pueblos, los catecismos y las instrucciones convenientes vinieron á ser unos egercicios habituales, á lo

menos en los dias festivos. Por último, la costumbre adquirió insensiblemente fuerza de ley, recibió la sancion permanente de tal, y en muchas diócesis no se puede faltar á ella sin incurrir en las censuras eclesiásticas.

Otra obra quizá mas importante, la cual obligó á los padres de Trento á derramar lágrimas de alegría, y les pareció una amplia recompensa de todos los trabajos del concilio, fue la institucion de los seminarios, capáz por sí sola de reformar de raíz el órden gerárquico, y por una consecuencia necesaria todas las clases y condiciones del mundo cristiano. Por este medio volvió á nacer, volvió á florecer por todas partes el espíritu principal del sacerdocio, aquella sólida piedad que es útil para todo, ó de la cual procede toda utilidad, aquella virtud arraigada con la sucesion del tiempo en una tierra de bendicion, madurada lentamente á la sombra del santuario, ilustrada por maestros hábiles y experimentados, y tan remota de la puerilidad supersticiosa, como del fervor indiscreto y de una pusilanimidad cobarde. Allí, mediante unos egercicios continuos, adquirió la juventud en poco tiempo la esperiencia de los ancianos, y el celo se acostumbró desde el principio á las santas industrias y á todos los recursos del arte divino de dirigir las almas. Escuelas angelicales en que todas las cosas están predicando la piedad, la pureza y la decencia eclesiástica. Se aprendió para siempre que con la corona y el hábito clerical se habia elegido al Señor por única herencia, y que era no menos ridículo que pecaminoso volver á los adornos y á los estilos del mundo, y presentarse en los lugares de desórden y de tumulto, ó en los teatros, en las tabernas, en medio de las concurrencias y de los placeres contagiosos del siglo. ¿Qué diré de la renovacion, de la frecuencia, de la perfeccion de los

estudios eclesiásticos cultivados con esmero y con gran fruto en la calma solitaria de aquellos piadosos asilos? Teología profunda, teología moral y práctica, reglas para la direccion de las almas, para la observancia de los ritos y ceremonias sagradas, para todo lo que puede contribuir á conservar en nuestros misterios adorables la magestad que les conviene, son otras tantas materias cuya simple indicacion debe inspirarnos un agradecimiento eterno á los fundadores, visiblemente inspirados, de los lugares de bendicion en que se cultivan.

¿Qué no podriamos decir tambien sobre tanto número de desórdenes corregidos en todos los estados, la clandestinidad del matrimonio, por egemplo, siempre prohibida y siempre en uso, hasta que en el concilio de Trento se declaró por uno de los impedimentos dirimentes? ¿Qué diremos de tantas fundaciones caritativas, multiplicadas y diversificadas á proporcion de las miserias y necesidades humanas? Casas de educacion para ambos sexos y para toda clase de personas; escuelas militares, escuelas para doncellas nobles y pobres; escuelas gratuitas de ciencias y artes, y de todo género de profesiones; casas religiosas de pupilos, acomodadas á todos los genios y á todos los bienes de fortuna; casas de retiro; seminarios de misiones; lugares de descanso para los sacerdotes imposibilitados; asilos para los huérfanos y espósitos; refugios para las pecadoras arrependidas; hospicios para los soldados inválidos; asistencia gratuita para los pobres enfermos, sin contar los hospitales ordinarios, tan numerosos, por decirlo así, como las enfermedades, y tan accesibles como los templos; en fin, subsidios siempre prontos para el comercio en los montes de piedad, tal vez defectuosos en su origen, pero susceptibles cuando menos del género de perfeccion que es obra

de la esperiencia: hé aquí una sola parte de las ventajas innumerables que proporcionó á la Iglesia y á la sociedad el espíritu reparador que dirigió, preparó y conservó la feliz reforma de Trento.

Para el gobierno de casi todos estos establecimientos, se suscitó con ellos por todas partes una multitud casi igual de compañías, congregaciones y asociaciones religiosas, animadas del fervor que respiran las últimas instituciones. Los padres de la mision en Francia, los del oratorio en Francia y en Italia, los jesuitas en toda Europa y en las cuatro partes del mundo, los teatinos, los barnabítas, los somascos, los padres de la doctrina cristiana, los clérigos reglars del buen Jesus, de la Madre de Dios, de la buena muerte, los padres de las escuelas pías y de la caridad; y para el otro sexo las ursulinas, la visitacion, la congregacion de nuestra Señora y tantas otras hospitalarias, en una palabra, las fundadoras de todas clases, cuya enumeracion seria interminable: tantas hijas é hijos de la nueva Sion poseidos de repente del espíritu profético y apostólico, y dedicados con una emulacion general al desempeño de sus funciones respectivas, reprodujeron en todos los climas la caridad, el celo, las buenas costumbres, la piedad sincera, el arte de adorar en espíritu y verdad, la meditacion de las verdades eternas, la frecuencia de sacramentos, el uso de las lecturas piadosas y del exámen habitual de la conciencia. Se vieron menos austeridades extraordinarias, menos genuflexiones y postramientos: se rezó menos veces el salterio, se multiplicaron menos los divinos officios, ó no fueron de tanta duracion como en las órdenes establecidas cuando acababan de pasar los bárbaros al cristianismo, y conservaban todavía, si no la depravacion del corazon, á lo menos

la torpeza de entendimiento, que los hacia poco á propósito para las funciones intelectuales, teniendo por consecuencia casi todas sus delicias en las prácticas exteriores. Pero se atendió sobre todo al recogimiento del espíritu y á la mortificacion del corazon; y si hasta entonces se habian domado las pasiones del alma con los trabajos del cuerpo, no se domó despues con menos eficacia la carne por medio del espíritu.

Entretanto, lejos de acabarse aquella abundante variedad que constituye uno de los mas bellos ornamentos de la hija de Sion, adquirió un nuevo realce el lustre que daba antiguamente á la Iglesia la diversidad de las órdenes religiosas. Influyendo ya el espíritu de edificacion ó de restauracion en diferentes prelados, y no en pocas iglesias, antes que se convocase el concilio de Trento, se renovó en España por el cardenal Gimenez, y despues por San Pedro de Alcántara, la regularidad y la austeridad primitiva del orden de San Francisco; y en Francia el cardenal de Amboise puso tambien en vigor la regla de Santo Domingo. En menos de un siglo se formaron tres nuevas asociaciones en el orden de San Francisco, con el nombre de recoletos, capuchinos y penitentes de la tercera orden: ramas felizmente ingertas, que llenas de jugo y lozania se estendieron por todos los estados cristianos, donde se cogieron con admiracion y con una abundancia extraordinaria los frutos de bendicion en el tronco que habia reverdecido con ellas. Volvió tambien á florecer el Carmelo; y los hijos é hijas de los profetas antiguos, igualmente dóciles á la Débora de Castilla, adquirieron el espíritu de sus padres, añadiendo á las maceraciones del cuerpo la mortificacion del corazon y la meditacion continúa de las verdades eternas. En la iglesia de Francia se vieron cinco ó seis órdenes principales, los dominicos, los

trinitarios, los premonstratenses, los canónigos reglares y otros, que todos á aun tiempo y como á porfia volvieron, si no á la severidad de la regla primitiva, á lo menos á una observancia en que el religioso podia distinguirse todavía del piadoso lego con notable ventaja. Hasta los solitarios comparables en otro tiempo con los ángeles terrestres de Tabena y de Scitia, y comparados despues con los faunos y satiros cuyas guaridas eran el terror de la honestidad, desterraron á lo menos el escándalo de sus casas, y empezaron á vivir de un modo que solo podia desearse la perseverancia.

Tal fue el influjo de la disciplina de Trento aun en las naciones que no se habian sujetado á ella, ó que á lo menos no la habian admitido de un modo legal. ¡Pero qué feliz revolucion no produjo en el centro de la unidad católica, en la iglesia romana, en la curia pontificia, que en aquella época adquirió un desinterés, una conducta y costumbres, una decencia y dignidad en que la censura herética y la malignidad secular no hallaron que reprender sino algunos defectos inseparables de la humanidad! ¡Qué revolucion no produjo en lo restante de Italia, la cual no se parece ya á sí misma despues de esta regeneracion, y á lo menos no presenta ningun rasgo de las horrorosas pinturas que hicieron de ella los primeros protestantes! ¡Qué mudanza, particularmente en Milán, por los esfuerzos del gran Borromeo, su mas fiel intérprete, y por medio de sus admirables concilios, cuyos decretos admitidos en todas las iglesias celsas de su verdadera gloria, han adquirido en ellas una autoridad equivalente á la de las leyes nacionales! En Portugal concilió gran respeto á las decisiones de Trento la brillante proteccion del piadoso Rey D. Sebastian: en España y aun en las estremidades

del otro hemisferio la adhesion sincera y práctica de los concilios provinciales de Toledo, Zaragoza, Valencia, Salamanca, Malinas para los Paisés-Bajos, Méjico y Lima para las dos mitades del nuevo hemisferio: en Polonia y en Alemania que era el foco de la heregía, ó á lo menos en una gran parte de ella, los concilios de Maguncia, Tréveris, Colonia y Augsburgo.

En fin, ¡qué frutos de bendicion no produjo la reforma de Trento aun en Francia, donde sin haber sido recibida jurídicamente, se observa con grande exactitud! Basta recorrer los concilios que se celebraron con este motivo en Rems, en Burdeos, en Tolosa, en Bourges, en Aix y en Tours, para convencerse del celo de los prelados franceses por poner en vigor todos los puntos importantes de la disciplina de Trento; ¡Qué instancias tan vivas y tan repetidas hicieron en la corte para librar á la iglesia galicana de una escepcion que en cierto modo les parecia injuriosa á su celebridad y fama! Ya hemos visto que no pudiendo conseguir lo que deseaban, se reunieron en número de cuarenta y cinco obispos, siete arzobispos y tres cardenales, y se obligaron con juramento á observar y hacer que se observasen todos los decretos de Trento que no fuesen contrarios á los derechos y á los usos legítimos del reino. Los arzobispos de Rems y de Burdeos en particular, esto es, los cardenales de la Rochefoucault y de Sourdis, llamados los dos Borromeos de Francia, congregaron el clero de sus diócesis, y prescindiendo de todo respeto humano, hicieron que se declarase que en lo sucesivo era obligacion de conciencia observar todas las disposiciones del santo concilio de Trento, con la reserva ordinaria de los usos del reino.

Pero la misma corte fue por último la que hizo que se

admitiesen en Francia la mayor parte de los decretos importantes de la disciplina de Trento, no en virtud de las decisiones de este concilio (las cuales solo corren allí en cuanto al dogma), sino á consecuencia de los edictos del Príncipe, contando desde la célebre pragmática de Blois hasta la de 1695, que es la mas esencial; y en fuerza de muchos reglamentos hechos por los obispos y autorizados por los parlamentos.

¿Quién será, pues, el que deje de conocer la abundancia de las bendiciones que derramó el Señor sobre su Iglesia en la última edad, tan deplorable á los principios, venciendo tantos obstáculos naturalmente insuperables, y aun valiéndose de estos mismos obstáculos, los cuales en sus manos se convertian en nuevos y eficaces recursos? ¿Quién podrá dejar de conocer la obra de Dios en el santo concilio de Trento, obra visiblemente divina por las contradicciones á que estuvo espuesta, y por su prodigiosa fecundidad en frutos de salvacion? Para convencerse de este punto, no se necesita mas que comparar los dos estados en que se halló la Iglesia antes y despues de este concilio. Limitemos esta comparacion, porque ya es tiempo de concluir; limitémosla al gobierno eclesiástico solamente. Antes de la reforma de Trento, y hasta que se pusiese en egecucion, estaban las iglesias sin pastores, especialmente en Francia, durante el reinado del último de los Valois; los conventos sin religiosos, los sacerdotes seculares y regulares sin disciplina. Las abadías, las colegiatas, los obispados estaban en manos de oficiales militares, los cuales decian mi obispado, mi abadía, mis curas y mis frailes, como si dijesen mis caballos y mis criados. Trastorno tan distante de lo que vemos en el estado actual de la Iglesia, y tan ageno de nuestras ideas, que se tendria por una hipérbole de

declamador, si no se confirmase con hechos positivos. Pero consta por todos los monumentos que en cerca de ochocientas abadías que habia en aquel tiempo de nombramiento real, no se hallaban cien abades entre comendatarios y regulares, y aun la mayor parte de ellos no eran mas que unos sustitutos de los caballeros legos, quienes en efecto disfrutaban sus rentas.

Por poco que se atienda á esta enorme diferencia, es decir, al estado de la Iglesia en la última edad antes y despues del concilio de Trento; no será preciso convenir con lo que dejamos dicho, de que en la Iglesia, diferente en todo de las instituciones humanas, cuanto mas estremado es el menoscabo, tanto mas próximo está el restablecimiento? Fue éste igual á la decadencia; de suerte, que desde la reforma de Trento, podria muy bien, por varios títulos, compararse con el estado floreciente de su primera edad, ó á lo menos con una parte muy principal de ella. ¿Cuánto podriamos decir, si este vasto asunto no ofreciese por sí solo abundante materia para muchos discursos? ¿Cuántos santos ilustres y dignos de los tiempos apostólicos han vivido aun en nuestros tiempos? ¿Cuántos fieles de una virtud sublime, de una piedad sincera, perfectos adoradores en espíritu y verdad, rígidos cumplidores de todas las obligaciones, emuladores de todo lo bueno, inmuebles contra el torrente de la perversion, y que con su egeemplo ofrecian preservativos contra todos los escándalos? Sin duda alguna se les hubiera colocado en el catálogo de los Santos en aquellos tiempos en que la voz del pueblo se miraba como voz de Dios. En cierto modo eran sus virtudes mas admirables que las de los primeros siglos, aun cuando fuesen menos brillantes, como que estaban espuestas á unas pruebas mas delicadas. Tal es, para reducirme á la mas visible, la

licencia y desenfreno de la impiedad, muy comprimida en tiempo de los Emperadores y de los primeros Reyes cristianos; desencadenada, aunque sin gran peligro, en tiempo de los Príncipes idólatras; pero de unas resultas fatales en los gobiernos cristianos de la edad presente. Dirigida, pues, esta misma impiedad por la mano de aquel que sabe sacar el bien de los mayores males, contribuyó á bosquejar, por decirlo así, el restablecimiento, suavizando las costumbres, exaltando continuamente la humanidad, la generosidad y la probidad que para ella no eran mas que unas meras palabras, y recomendando la caridad con los nombres de sensibilidad y beneficencia.

Sin embargo, continuaba prevaleciendo el mal mas que el bien, y el vicio mas que la virtud. ¿Pero no sucedió así en la edad mas decantada, esceptuando únicamente los tiempos apostólicos? Luego que fallecieron los primeros discípulos que habian conversado con el Hijo de Dios, y cuya autoridad servia de freno á la indocilidad del espíritu y de las pasiones humanas, se levantaron enjambres de hereges ó de corruptores, nicolaítas, ebionítas, marcionítas, cerintianos, valentinianos, y para nombrarlos todos de una vez, gnósticos abominables aun á los mismos paganos, en cuyos ánimos escitaron unas preocupaciones muy funestas para los verdaderos hijos de la Iglesia, con los cuales se los confundia. En los tiempos mas hermosos de los mártires, se vé por las exhortaciones y reprensiones de San Cipriano á su pueblo, que el peligro próximo de morir en un cadalso no libertaba á los fieles de todas las flaquezas ni de todos los escesos. En los tiempos luminosos de los Ambrosios, Jerónimos, Agustinos y Crisóstomos; qué maquinaciones tenebrosas, qué violencias, egercidas en particular contra el mas elocuente

de estos padres, por Teófilo de Alejandría, y por todo un concilio que sirvió de instrumento á su orgullo y á sus celos! En las soledades de la Siria, comparables con las de la Tebaida, se vieron aquellos ángeles terrestres, de los cuales poco antes no era digno el mundo, transformados de repente en guerreros ó en asesinos, y la laura del gran San Sabas convertida en plaza de armas, y teñida con la sangre de sus discípulos, sitiadores y sitiados. Pero en el origen de la Iglesia ¿no hemos oido al Apóstol de las naciones reprender á los cristianos de Corinto por unos delitos desconocidos entre los infieles, y declamar en mil ocasiones contra los falsos hermanos que solo gustaban de las cosas terrenas, y que no tenian mas Dios que su vientre, siendo enemigos declarados de la cruz de Jesucristo y verdaderos apóstoles de Satanás? Quejas tan justas, que como dice San Clemente Papa, estos hermanos pérfidos causaron la muerte del Príncipe de los Apóstoles y del Apóstol de las naciones.

No por esto pretendemos comparar los últimos tiempos con los tiempos apostólicos, ni hacer un paralelo exacto entre esta última edad y las precedentes. Nuestro único objeto es precaver á los menos cautos contra las declamaciones de los sectarios, que ensalzando con afectación la pureza de los tiempos primitivos, y disminuyéndola hasta los presentes con unas gradaciones tan malignas como imaginarias, quieren dar á entender, como se han explicado algunos sin rebozo, que la Iglesia católica, este rio tan magestuoso y puro en lo antiguo, no lleva ya mas que un cieno inficionado, en lugar de aquellas aguas saludables. ¿Y quiénes son estos declamadores importunos? Los discípulos paliados de aquellos pretendidos reformadores, á quienes vimos destruir el dogma y la moral, la fe, la disciplina y todas las virtudes.

contra la heregía, que no hubo ninguna en todo este siglo, el mas aborrecido de todos. Por efecto de una providencia no menos señalada, en nada disminuyeron su autoridad los Pontífices poco recomendables que por el mismo tiempo ocuparon la Silla de San Pedro. ¡Ojalá no se hubiera tratado entonces de estender su poder á las cosas perecederas y terrenas que no son de su inspeccion, y que solo sirvieron despues para debilitarla, en vez de aumentar su fuerza!

En los tres siglos que se siguieron á la edad de la barbarie, se olvidaron y se miraron con tedio las prácticas mas saludables y aun las obligaciones mas graves y sagradas, por consecuencia de una relajacion letárgica, procedida del abatimiento causado por unas conmociones tan violentas, y de una depravacion casi imperceptible en sus progresos sucesivos, y mucho mas peligrosa que los ímpetus repentinos de las pasiones desenfrenadas, junta con la inestabilidad que es tan natural al hombre. Se prefirieron las peregrinaciones, y en especial las que iban acompañadas con las armas, á las obras de humillacion y á los cánones rigurosos de la penitencia. La residencia episcopal, basa de toda la disciplina, llegó á ser casi arbitraria en las sillas mas principales; y aun los sucesores del Príncipe de los Apóstoles fijaron su residencia muy lejos de donde él habia establecido su Cátedra. De aquí las quejas y la indocilidad de los pueblos; los excesos é invectivas contra los pastores; los clamores de la reforma contra la depravacion de la Cabeza y de los miembros de la Iglesia, en fin, los cismas y heregías, pero heregías de un carácter tan maligno que no se habian visto otras semejantes desde el origen del cristianismo; en una palabra, aquel peligro extremo en que no podian menos de prevalecer las puertas del infierno, si lo sumo

del peligro en este género no anunciase la proximidad del remedio, como se ha demostrado en toda la série de esta historia y del presente discurso: de donde debe haberse inferido, que la mejor apología de la Religion no consiste en las obras polémicas y contenciosas, que por lo comun solo producen encono y obstinacion, sino en la sencilla esposicion de las obras y máximas que pertenecen verdaderamente á la Iglesia. La Iglesia por sí sola, bien conocida y presentada, será siempre su mejor defensa.

Una institucion tan sublime, anunciada por hombres tan humildes, combatida de tantas contradicciones, y abrazada tan generalmente; agitada con tanta violencia, espuesta al mas próximo peligro de perecer, y restituida de repente á su primer esplendor, no puede menos de ser obra de Dios. Tal la ha demostrado, aun al observador menos perspicáz, la constante marcha que la hemos visto seguir por mas de diez y seis siglos, la que seguirá indefectiblemente hasta la consumacion del tiempo. Cuando los hombres, obcecados por sus propias pasiones en el vicio y en el error han resuelto perderse y morir, la Iglesia ha gemido, es cierto, pero no ha dudado un momento sobre el partido que debia tomar, esperando solamente de Dios el lenitivo al dolor que la aquejaba. Esto mismo es, no dudamos asegurarlo, lo que se cumplirá en todas las generaciones venideras. Si nuevos trastornos agitan al mundo, la Iglesia se retirará del movimiento de la sociedad humana, apretará los lazos de su unidad, mantendrá en su seno por el libre y esforzado ejercicio de su autoridad divina el orden y la vida; nada temerá ni esperará de los hombres, y aguardará en paciencia á que Dios decida de la suerte del mundo. Si entra en sus impenetrables designios que renazca, despues de espantosos desórdenes y de males inauditos,

cansados de sufrir los pueblos alzarán los ojos al cielo, y le pedirán que los salve; y con los restos esparcidos de la sociedad antigua se formará otra Iglesia nueva, semejante á la primera en todo lo que toca al órden fundamental, pero diferente en lo que varía con los tiempos. Mas si llega entretanto el fin á que está condenado el mundo, en vez de juntar las ruinas y huesos de los pueblos y de volverles la vida, la Iglesia pasará por encima de ellos, y entrará en la morada que la está prometida, cantando el himno de la eternidad.

APÉNDICE

AL LIBRO SEPTUAGÉSIMO-SEGUNDO.

Observaciones sobre el origen y progresos del calvinismo en Francia.

La pintura que nos hace el abate Berault-Bercastel al fin de este libro, de la decadencia del calvinismo, ó sea del partido de los hugonotes en Francia, despues de la toma de la Rochela y de los repetidos golpes que le dió el gran cardenal Richelieu, induciria fácilmente á cualquiera á creer que la secta quedó de todo punto destruida en el reinado de Luis XIII. „Los grandes, que fueran antes el apoyo del partido, dice el canónigo de No-yón, la nobleza ordinaria y los ciudadanos de todas clases, se desprendieron insensiblemente de la secta fatal, de suerte que no tuvo que hacer el siguiente reinado mas que arruinar sus templos.” Estas palabras, tomadas en el sentido riguroso que naturalmente arrojan de sí, hacen concebir la idea de que durante el gobierno del cardenal ministro quedó reducida la heregía á las fábricas materiales de sus templos, y á un corto número de secuaces pertenecientes á la clase ínfima y mas ignorante de la sociedad; es decir, á un estado tan insignificante, que nada se pudiese ya temer de ella en lo sucesivo. Sin embargo, dista tanto esta idea á nuestro juicio de la verdad histórica, cuanto estamos

convencidos de que el calvinismo, aunque humillado por Richelieu y por Luis XIV, nunca abandonó el campo de batalla, sino que fortaleciéndose mas y mas cada dia, ya entre las tinieblas, ya á presencia y noticia del gobierno, llegó por último á alcanzar una completa victoria en la revolucion de 1789. Y para que no pueda presumirse que nuestra opinion carece de fundamentos, presentaremos las siguientes observaciones sobre las principales épocas del calvinismo, extractadas de la apreciable obra que escribió el sábio abate Don Lorenzo Hervás y Panduro sobre las causas de la revolucion de Francia.

PÁRRAFO PRIMERO.

Origen del calvinismo.

En la relacion histórica del abate Bercastel, y mas claramente aun en su discurso sobre la última edad de la Iglesia, hemos visto cuáles fueron las circunstancias y la causa que dió origen al tumultuante calvinismo. Apareciendo bajo el fingido y especioso nombre de reforma, pretendió reformar, ó mas bien destruir, los dogmas especulativos del catolicismo, los santos sacramentos y la gerarquía eclesiástica, que redujo á solos clérigos sujetos á la potestad temporal en todos sus egercicios espirituales. Pero no contento con introducir la confusion en la Iglesia y con arruinar el altar del verdadero Dios, alzó su mano asoladora contra toda potestad; y á la manera que en los artículos de su creencia anumeraba el de oponerse á toda autoridad espiritual, así en sus leyes y ordenanzas prescribia las revoluciones y alborotos contra el poder. Así es que desde su primer origen dió,

como frutos propios, principio á las rebeliones en Francia, las promovió en sus progresos, y las ha continuado siempre. En efecto, el mismo Calvino al empezar á publicar su reforma ó nueva doctrina, confiesa, que ella habia ocasionado tumultos. En su obra de las instituciones cristianas, que escribió de veintisiete años, y dedicó al Rey Francisco I de Francia, haciendo apología de su doctrina, despues de haberle dicho que en su reino la verdad no hallaba lugar alguno, se hace la objecion de los que decian, que por los frutos ó efectos se conocia su doctrina, pues que habia causado tantos alborotos y tan viciosa libertad. A esta objecion que Calvino se hace, responde no negando los alborotos y tumultos, sino diciendo que éstos provenian de la oposicion del diablo á la verdad divina, la cual nunca se publica y propaga durmiendo el diablo; y que por esto al principio de la Iglesia movió el diablo tantas persecuciones contra el cristianismo.

Si valiera en juicio esta respuesta de Calvino, todos los sediciosos y revolucionarios serian declarados inocentes y aun virtuosos. Es cierto el proverbio que dice: *odium parit veritas*; y por esto la verdad cristiana fue y será perseguida en el mundo; pero los que profesan esta verdad, sollevan las persecuciones, mas no promueven sediciones y revueltas, como en todos tiempos los calvinistas, segun el farisáico espíritu de su heresiarca. Para conocer claramente este espíritu basta observar con atencion las dos cartas que escribió Juan Calvino, en 8 de Mayo de 1547, y en 8 de Setiembre de 1561, al marqués de Poet, publicadas en 1791 por Mr. de Launai, conde de Entragues, en las que se descubre el verdadero carácter de los maestros del error, que se oculta siempre á los ignorantes que siguen

sus sectas por su propio fanatismo. En sus instituciones cristianas y en sus comentarios de la sagrada Escritura, habla Calvino de la caridad, del desprecio de las riquezas y de otras virtudes; mas en dichas cartas, escritas á su amigo Poet, dice francamente, que se debe procurar sin atender á los medios la adquisicion de las riquezas, como todos los calvinistas se las habian procurado. Manifiéstale su arrepentimiento de no haberse enriquecido, y la esperanza de ser ayudado por todos los que habian hecho su fortuna en la secta: le aconseja á que deje ricos y poderosos á sus hijos: afirmale que ya los pueblos estaban dispuestos para la sedicion: que su premio será honor, gloria y riquezas; y le exhorta por fin á que persiga á todos los de religion contraria, y baga con ellos lo que él mismo hizo con Miguel Servet, á quien mandó quemar vivo en Ginebra. Por estas espresiones que son propias de Calvino, se vé claramente la verdadera imagen de su espíritu, y del que aprendieron y heredaron de él sus secuaces. En su secta, bien así como en cualquier otra, aun la mas viciosa, se encuentra una muchedumbre de personas que abrazan y profesan el error por ignorancia ó fanatismo, sin que conozcan ni puedan penetrar hasta el fondo de la impiedad; mas por razon de la doctrina, sus ideas se pervierten, corrómpese su corazon, é insensiblemente se disponen para egecutar con ardor los designios y proyectos de sus maestros que conservan y perpetúan el espíritu de los heresiarcas. Formado este espíritu segun la secta de Calvino, fue la primera causa que empezó á corromper la nacion francesa, y le trazó el camino que despues ensancharon el jansenismo y la filosofia para llegar á un completo triunfo; y el mismo Calvino fue el mónstruo que sembró en Francia y promovió el espíritu de rebelion, que fortalecido

despues, vino á arruinar su religion y monarquía. Nacido para la ruina de su propia pátria, á la edad de veinticuatro años era ya venerado como maestro de su secta, que su gran talento, la virtud que aparentaba en su aspecto y en todos sus modales, y la ignorancia del clero, hicieron famosa en algunas ciudades de Francia. La historia civil de esta gran nacion desde el año 1559, debiera mas bien llamarse historia calvinista que civil francesa; pues todo el gobierno militar y civil en el espacio de muchos y largos reinados, tuvo al calvinismo por objeto principal de su atencion, ora combatiéndolo, ora alagándolo por temor. En Julio del citado año 1559 murió desgraciadamente de una herida de lanza el Rey Enrique II, y esta muerte abrió la puerta á contínuos desastres en los reinados de sus tres hijos y sucesores, Francisco II, Carlos IX y Enrique III, último Príncipe de la rama de Valois, y en los de Enrique IV y demás Soberanos de la casa de Borbon.

PÁRRAFO SEGUNDO

Rebeliones y guerras de los calvinistas en el reinado de Francisco II.

Al indicar las principales épocas de los rebeldes calvinistas, no es necesario detenernos en dar una noticia circunstanciada de todas las calamidades que su rebeldía ha causado siempre en Francia; y este detalle por otra parte haria escesivamente difusa la prometida indicacion. Apenas se encontrará un hombre medianamente versado en la historia, que no conozca y esté plenamente convencido de que no hay género alguno de rebelion ó

guerra mas desastrosa que aquella en que se mezcla un espíritu falso de religion; y las de los calvinistas, segun la misma historia, han sido precisamente las mas atroces que han hecho en tiempo alguno los hereges contra los católicos. El calvinismo, como dice muy bien un excelente crítico é historiador (1), ha renovado en Francia todo lo que el furor y rabia, la rebelion, la perfidia, la avaricia, la impiedad, la crueldad, la desesperacion y demás pasiones las mas feroces y tumultuantes inspiraron á todo linage de malvados en los siglos antecedentes para arruinar, si les fuera posible, con el hierro y con el fuego la religion y el estado. Los soberbios monumentos de esta heregía son cuatro grandes batallas: la toma, saqueo y desolacion de la mayor parte de las mejores ciudades: los templos destruidos, las estátuas de los santos degolladas, violados los sepulcros reales, los estrangeros introducidos en el reino, una especie de república establecida en el centro de la monarquía, y mas de un millon de franceses que los calvinistas hicieron perecer, sin ninguna forma de juicio y en medio de los tormentos mas horribles. Estas verdaderas espresiones con que principia Maimbourg su historia del calvinismo, bastan para dar una idea en general de las innumerables calamidades que causó en Francia.

Obtuvo Calvino en 1534 una proteccion decidida de la Reina de Navarra, y principió desde entonces á adquirir secuaces ocultos en Francia, en la que sin embargo no osaron declararse sino despues de la muerte de Enrique II, á saber; en 1559, cuando aparecieron en París las facciones que conspiraron á arruinar el reino (2). Mostráronse desde luego gefes de la faccion

(1) *Histoire du Calvinisme par Mr. Maimbourg. tom. 1. p. 2.*

(2) *Daniel hist. de Franc. ann. 1559.*

calvinista, Antonio, duque de Borbon, y su hermano Luis, Príncipe de Condé, con quienes se reunieron el almirante Coligni y su hermano Andelot, siempre amigos fieles: el catolicismo miraba como á su gefe al duque de Guisa, único, ó al menos el principal apoyo del trono de Francia. A estos dos partidos que dividian interiormente la monarquía, debe añadirse la faccion que capitaneaba el condestable Montmorency, la que hasta el principio del reinado de Carlos IX favoreció á los calvinistas, mas despues se unió gloriosamente con los católicos.

Algunas semanas despues de la muerte de Enrique II, se atrevieron los calvinistas, bajo la proteccion de sus gefes, á celebrar públicamente sus juntas en París (1); y no obstante que el gobierno persiguió y castigó con la mayor severidad á muchos de ellos, en el año siguiente fue enviado Renaudie, en nombre de los calvinistas, á Inglaterra para empeñar á la Reina Isabel en la revolucion de Francia. Concibió el enviado las mayores esperanzas para su empresa; y habiendo regresado á Francia, recorrió todo el reino nombrando en varias provincias gefes calvinistas que ocultamente dispusiesen el mayor partido posible, y le tuviesen pronto para una sublevacion. Proyectaron esta conjuracion en Nantes, y tuvo su efecto en Amboise, donde los sectarios fueron combatidos y derrotados por tres veces, pereciendo en una de estas acciones el mismo Renaudie. Tal fue la primera época calvinística tan desastrosa para Francia, y precursora de otras mucho mas horribles. En ella principiaron los calvinistas á llamarse hugonotes; nombre que, segun algunos autores, alude á una puerta de Tours, llamada de Hugo, en la que ocultamente se juntaban; ó que segun otros se deriva de la palabra alemana

(1) *Id. ibid. ann. 1560.*

eignossen (aliados con juramento) que mal pronunciada por los saboyardos sonaba *eignots*.

Apesar de las derrotas y castigos de Amboise, descubrióse inmediatamente el furor de la sedición en el Delfinado y en otras provincias de Francia; y entonces fue cuando se declaró hugonote ó calvinista el Príncipe de Condé, á quien, como tambien al Rey de Navarra, instaron los rebeldes para que se pusieran al frente del tumultuante y guerrero calvinismo. En Agosto del mismo año 1560 se tuvo en Fontainebleau, donde se hallaba el Rey Francisco II con su madre Catalina de Medicis, un gran consejo, ó por mejor decir una asamblea general, cuyo único objeto era remediar los males causados ya por la heregía, y oponer un fuerte preservativo á los nuevos y mayores con que amenazaba á todo el reino; pero inficionados con el error la mayor parte de los asambleístas, lograron que se decretase la convocacion de los estados generales, con las lisonjeras esperanzas de apoderarse enteramente del gobierno y arruinar de todo punto la Religion y la autoridad real. Sin embargo, la corte, prudente aunque débil, supo tomar eficaces providencias para su- focar los funestos efectos de dicha convocacion, procurando que los diputados fueran católicos buenos y sinceros, y haciendo ar- restar á algunos protectores del calvinismo. El Rey ordenó por sí mismo que se aseguraran entre otras las personas del Rey de Navarra y del Príncipe de Condé, mandando que á este último se le formase inmediatamente su proceso. Mas en estas circuns- tancias tan críticas murió Francisco II de una fistula envenenada por el cirujano calvinista que se la curaba, segun atestiguan muchos y fidedignos escritores de aquel siglo (1). En su breve

(1) *Barnino, tom. 4. c. 8. p. 500.*

reinado de diez y seis meses, se aumentaron tan desmedida- mente los calvinistas en Francia, que como dice Spondano, em- pezaron á ceder los castigos contra los hereges, porque su inmensa muchedumbre no pudo ya ser refrenada por la fuerza.

PÁRRAFO TERCERO.

Rebeliones y guerras de los calvinistas en el reinado de Carlos IX.

Habiendo muerto el Rey Francisco II el dia 5 de diciem- bre, y sucedidole en el trono Carlos IX á la edad de solos diez años y medio, continuaron los calvinistas sus proyectos y con- cibieron nuevas y mayores esperanzas de la convocacion de los estados generales. Reunióse en efecto la asamblea en Orleans á trece del mismo mes, y se concluyó pacíficamente conviniéndose ambas partes en que se renunciase el concordato con Roma so- bre el nombramiento de obispos. A vista de un éxito tan ines- perado, juzgaron muchos que con la dicha asamblea cesarian todas las revoluciones; pero lo cierto es, que se renovaron de allí á dos años y continuaron con mayor furor y encarnizamiento. La Reina madre, regenta por la minoridad de Carlos, lisonjeando la inclinacion del Rey de Navarra á favor de los calvinistas, de- terminó que se celebrase en Poisy un colóquio ó junta entre los católicos y los ministros de la secta, y se verificó este colóquio en el año siguiente 1661. El mismo Calvino hace mencion de esta junta en la segunda de sus ya citadas cartas al marqués de Poet, y se lisonjeó descaradamente del buen efecto de dicha jun- ta; sin embargo, no le fue tan favorable como presumia, pues

en ella perdió la secta á su principal apoyo el Rey de Navarra, quien fue nombrado poco despues generalísimo de los católicos. En el mismo año hizo la Reina juntar otra vez los estados para que se confirmase su regencia del reino, y á principios del siguiente publicó un edicto permitiendo á los calvinistas tener asambleas religiosas en los arrabales de las ciudades, precursoras de las épocas funestísimas que se subsiguieron, las que podrán referirse en pocas palabras diciendo, que hasta Octubre de 1574 en que murió Carlos IX, fue la Francia un teatro continuo de guerras civiles entre los católicos y calvinistas que profanaron las iglesias, saquearon y devastaron ciudades y pueblos enteros como en una irrupcion de los antiguos bárbaros del norte. Pero aunque estas breves palabras basten para dar una idea en general de las sediciones que escitaron los calvinistas en estos catorce años, conviene sin embargo detallarlas mas por estenso y presentar sus épocas individualizadas.

No tardó mucho la Reina en llorar con inútil arrepentimiento los malos efectos del edicto, que, autorizando la tolerancia del calvinismo, abrió la puerta á innumerables apóstatas del catolicismo y hasta de sus cláustros religiosos; y tuvo el sentimiento de saber por aviso del Rey de Navarra, que los calvinistas juntaban tropas para apoderarse de la persona del Rey su hijo. Alistáronse efectivamente estas tropas bajo el mando del Príncipe de Condé, del almirante Coligni y de su hermano Andelot; y en menos de dos meses hicieron sentir sus funestas influencias en París, Orleans y otras ciudades. El Príncipe de Condé solicitó la alianza de los estados protestantes de Alemania, y escribió á todas las iglesias de Francia pidiéndoles dinero y gente; con lo cual todos los calvinistas de comun acuerdo se levantaron en

masa, y principiaron sus acciones militares por el saqueo de las iglesias. Convirtiése entonces toda la Francia en un teatro horroroso de sangre y desolacion. En vano trató la corte de nuevas negociaciones para oponer un dique al mal que ella misma habia fomentado con sus imprudentes decretos; pues aunque el Príncipe de Condé se mostró pronto á acceder al partido de retirarse si se retiraba el duque de Guisa y el condestable, generales del ejército católico, sin embargo le amedrentaron los ministros hugonotes representándole con aspereza que no podia en conciencia abandonar la empresa que habia comenzado, y amenazándole con los efectos de la ira de Dios, que le habia elegido, decian, para destruir la idolatría de los papistas, para reformar la Iglesia y restablecer la puridad del Evangelio. Iguales amenazas fulminó Calvino desde su retiro de Ginebra, pues consta, que aun en 1566 obraban los gefes franceses del calvinismo segun las instrucciones y bajo la dependencia del sinedrío que habia formado el heresiarca en aquella ciudad (1).

Continuóse, pues, la guerra como deseaban los hugonotes; el Rey de Navarra, que capitaneando á los católicos sitiaba en Setiembre de 1562 á Roan, murió al prepararse para el asalto que queria dar por sí mismo. A 19 del siguiente Diciembre, se dió cerca de París una batalla tan sangrienta, que quedaron en el campo siete mil hombres entre católicos y hereges. Puede inferirse de aquí quanto hervirian las sediciones en las provincias de Francia, mientras que los calvinistas se hacian tan temibles á su corte. «Además de la Normandía, dice el citado historiador Daniel (2), la Borgoña, el Lenguadoc, el Poitou, la Guyena, el Delfinado y la Provenza eran continuamente asoladas

(1) Daniel, *hist. ann.* 1766. (2) *Ann.* 1562.

por los dos partidos; porque aunque no habia en ellas tantos ni tan numerosos egércitos como en las cercanías de París, cometíanse, sin embargo, mayores desórdenes y atrocidades." El desgraciado éxito que, contra las esperanzas de los católicos, tuvo el sitio de Orleans, contribuyó poderosamente á aumentar la preponderancia de los sectarios, y á debilitar las fuerzas del gobierno. Dirigido éste por el gran duque de Guisa, habíase persuadido que con la toma de Orleans quedarian para siempre humillados los rebeldes, y que á fuer de vencedor lograria sujetar sus cuellos bajo el yugo de la ley. Pero todas estas esperanzas, por mas bien fundadas que apareciesen, quedaron desvanecidas en un solo momento. El principal apoyo del catolicismo y del trono francés, el célebre duque de Guisa, cayó delante de las murallas de Orleans muerto á traicion por el infame Juan Mercí, quien declaró despues á presencia de la Reina, del cardenal de Borbon y de otros personages, que le habia asesinado por instigacion de los principales calvinistas, entre los que nombró al almirante Coligni, á Teodoro Beza, Fouquieres, Brion y otros. Desconcertó esta muerte de todo punto las intenciones de la corte, y vióse en consecuencia precisada á conceder á los calvinistas la paz y el libre ejercicio de su religion. Este nuevo edicto, tanto ó mas funesto que todos los anteriores, se publicó en Amboise á 19 de Marzo de 1563. No obstante, se logró por de pronto calmar los ánimos de los rebeldes, con lo cual pudo el jóven Rey visitar sus estados en compañía de su madre, y ver personalmente los desastres que habia causado la heregía, á la que hallaron dominante en Borgoña, en el Leonés, en el Delfinado y en el Lenguadoc.

No duró mucho tiempo esta forzada tregua. Á principios del

siguiente año 1565 pasó la corte de Francia á Bayona, con el fin de visitar y conferenciar con la Reina de España Isabel, tercera esposa de Felipe II; y esta sola accion bastó para que los sectarios enarbolasen de nuevo la bandera de la rebelion. Creyeron ver en la conferencia de Bayona un plan de alianza entre los Monarcas franceses y el enemigo mas terrible de la heregía, Felipe II; y apresuráronse en consecuencia á tomar sus medidas para renovar ocultamente sus anteriores tratados con los Príncipes hereges de Alemania y de Inglaterra, y de acelerar la rebelion de Flandes contra el Rey de España. Convencidos el Príncipe de Condé y el almirante de que en el abocamiento de su Rey con la Reina de España se habia concluido formalmente el proyecto de oprimir el calvinismo en Francia, juntaron de nuevo sus egércitos, aliáronse con el Príncipe de Orange, y atrajeron á Francia los refuerzos alemanes, dispuestos á marchar á donde fuese mayor y mas inminente el peligro. Entretanto, prosiguiendo el duque de Alba su guerra contra los calvinistas de Flandes, condenó á pena capital á los condes de Egmond y de Horn; y en vista de estos castigos resolvieron Condé y el almirante apoderarse de su Rey para obligarle á ponerse al frente del partido. Pero descubiertas estas intenciones por la corte, y no pudiendo ya egecutarlas sus enemigos con el secreto artificio que deseaban, presentáronse con un egército formidable en las cercanías de París, donde se batieron otra vez en campo abierto con los católicos. Desde allí se estendió la guerra en 1568 por Lenguadoc, Auvernia, Provenza y demás países en que dominaba el calvinismo, hasta que se logró ajustar la paz, comprándola como siempre la corte con condiciones ventajosas á la heregía. Mas, á pesar de ello, tardaron muy poco á renovarse

las hostilidades, pues no obedeciendo los rebeldes á las órdenes reales, persiguieron á los eclesiásticos católicos, y despues de haber puesto en combustion varias ciudades del reino, formados en cuerpo fueron á militar bajo el mando del Príncipe de Orange, gefe del calvinismo flamenco, contra el egército español mandado por el duque de Alba. Mostrábase entonces la corte de Francia poco atenta á sus relaciones exteriores, porque proyectaba apoderarse de los gefes del calvinismo francés; pero éstos preocuparon la egecucion del designio, y acometiendo de nuevo á su propia pátria, renovaron la guerra civil, y abrieron una campaña mas larga que todas las anteriores. En efecto, se prolongó ésta hasta fines de 1570, en que, despues de la muerte del Príncipe de Condé, ocurrida en 1569, y de haber tomado el mando de la liga calvinística el jóven Príncipe de Bearne, despues Enrique IV, se ajustó de nuevo la paz, habilitando la corte á los calvinistas para todos los empleos, y concediéndoles otros muchos privilegios. No hay duda en que esta paz proporcionó alguna tranquilidad al gobierno, y le permitió atender á la administracion de los negocios públicos, desatendida cuasi de todo punto durante la guerra: sin embargo, puede decirse en cierto modo que esta tregua fue mas perjudicial á la Francia que la lucha que la precedió, ya por la obstinacion de los hereges y su osadía en aspirar al absoluto dominio sobre todas las clases de la sociedad, ya tambien por la desastrosa resolucion que al fin tomó la corte contra ellos, despues de la muerte de su gran protectora la Reina de Navarra. Mientras vivia esta famosa calvinista, apoyados los sectarios en su nombre y proteccion, trataban de dar la ley al gabinete de París; pero muerta Juana de Albret, y viéndose Carlos IX libre de una enemiga tan poderosa y terrible, quiso

vengarse del partido arruinándole en toda Francia. Tales fueron las causas que motivaron la grande mortandad del dia de San Bartolomé en París, y de los inmediatos siguientes en las provincias; mortandad que si bien apagó momentáneamente el horrendo fuego del calvinismo, sirvió empero á atizarle mas y mas en el pecho de los que sobrevivieron, y á hacerles jurar un odio eterno contra el que la mandára egecutar. Reuniéronse lejos de la corte, llamaron á diferentes puntos de las provincias á todos sus coreligionarios, tomaron y fortificaron algunas plazas, y se decidieron á esperar en ellas el momento favorable para tomar la ofensiva. Mas entretanto murió el Rey Carlos IX, á 30 de Mayo de 1574, cuando apenas contaba veinticuatro años de edad.

PÁRRAFO CUARTO.

Reinado de Enrique III.

Hemos visto el número escetivo de épocas trágicas durante los dos últimos reinados que el calvinismo hizo infelicísimos. Si Carlos IX hubiera vivido algunos años mas, y hubiese podido coger los frutos del destrozo que hizo y del terror que infundió á los hugonotes con la gran mortandad de San Bartolomé, se podria esperar que el siguiente reinado fuese pacífico y feliz; pero no se cogieron tales frutos, antes bien con la mudanza del trono recobró el partido nuevos alientos y esperanzas para continuar la guerra con mayor ardor y empeño. Enrique III, hermano de los dos Reyes antecesores, subió al trono para manejar un cetro que le costó la vida á manos de un asesino. Su reinado de quince años fue un tegido de rebeliones y de guerras, que,